

# NARCO-ESTADO, el final de una era

**H**ace 21 meses se publicó que los generales Arturo Acosta Chaparro y Humberto Quiroz Hermosillo eran investigados por sus presuntos vínculos con el narcotráfico.

La noticia, sin embargo, no era propiamente un descubrimiento.

Desde hacía años mucha gente conocía la leyenda negra de ambos personajes. Guardianes de los secretos más oscuros y sangrientos del viejo Estado mexicano, los dos militares eran considerados intocables.

El texto de finales de 1998, contaba cómo Quiroz Hermosillo y Acosta Chaparro habían sido retenidos por varias semanas por autoridades mexicanas que los investigaban a partir de las declaraciones por las que ahora, dos años después, fueron finalmente detenidos. Diversas fuentes habían corroborado los hechos, pero entonces no había aún la voluntad política para cerrar un largo capítulo en la historia de la impunidad nacional. El alto mando de la Secretaría de la Defensa Nacional lo negó en su momento y no pasó nada.

Brutalmente exitosos cuando se les ordenó aplastar a las guerrillas de los años sesenta y setenta, Quiroz Hermosillo y Acosta Chaparro parecían contar todavía con la inmunidad que gozaron gracias a su asociación con Javier García Paniagua, el hijo del general Marcelino García Barragán —secretario de la Defensa el 2 de octubre de 1968.

Encabezados por don Javier —ex presidente del PRI, que incluso estuvo a punto de llegar a presidente de la República (1981)—, Quiroz y Acosta fueron capaces durante décadas de utilizar la bandera de la seguridad nacional para favorecer a un imperio criminal que controlaba, lo mismo el tráfico internacional de drogas que el robo organizado de vehículos, y la represión sistemática a la oposición “subversiva” de izquierda.

## EL NARCO Y EL ESTADO

De confirmarse los reportes que por mucho tiempo han circulado en las agencias de inteligencia de México y Estados Unidos, la detención de estos dos presuntos criminales será un golpe crucial para desmontar, si así se quiere, toda esa maraña de intereses mafiosos que daba sentido a la tesis del profesor Luis Astorga: en México el narcotráfico ha sido uno más de los negocios ilícitos de un Estado autoritario y antidemocrático.

En un país en el que tarde o temprano los grandes capos terminan tras las rejas, pero no por ello pierden ni su poder ni su riqueza (salvo que rompan el pacto de silencio, la Omerta), las figuras de Acosta Chaparro y Quiroz Hermosillo ya estaban en el escenario cuando, a principio de los años sesenta, Miguel Ángel Félix Gallardo era apenas un simple policía que cuidaba la seguridad de su jefe, el gobernador de Sinaloa, Antonio Toledo Corro.

Estrella de la época en que la Dirección Federal de Seguridad perdió rumbo y en su cruzada contra las guerrillas y todo aquello que, a su conveniencia, se les pareciera, Acosta fue uno de los hombres más temidos por los opositores a los gobiernos del PRI. Responsabilizado de la “desaparición” de más de 500 personas fue, por lo mismo, uno de los personajes más admirados por la línea dura del mismo sistema.

Y en los setenta, cuando los hermanos Ramón y Benjamín Arellano Félix eran simples contrabandistas de camisas de seda, Quiroz y Acosta eran ya reconocidos por su trabajo en la más secreta, eficiente y contundente de todas las instituciones policiacas del país: la Policía Judicial Federal Militar.

Y si en los años ochenta Rafael



Javier García Paniagua, hijo del general Marcelino García Barragán y ex presidente del PRI, protegió a Quiroz y Acosta, quienes mantuvieron por mucho tiempo el control de buena parte del sistema carcelario mexicano y el mundo subterráneo de las diversas agencias policiacas.

Foto: Archivo MILENIO DIARIO

Caro Quintero cayó, y Manuel Bartlett, Enrique Álvarez del Castillo, Xicoténcatl Leyva y el propio presidente Miguel de la Madrid sufrieron los embates de la ira reaganiana, y José Antonio Zorrilla, el legendario jefe de la Dirección Federal de Seguridad, terminó en la cárcel, fueron los militares, el general Juan Arévalo Gardoqui, y a su sombra Quiroz y Acosta, quienes mejor libraron el temporal.

Bajo el liderazgo de don Javier —quien murió en su cama el 24 de noviembre de 1998—, Acosta Chaparro y Quiroz Hermosillo mantuvieron por mucho tiempo el control de buena parte del sistema carcelario mexicano y el mundo subterráneo de las diversas agencias policiacas.

Por ello, seguramente poco les importaba que la nueva generación de mandos militares veladamente los detestaran. Qué

importaba si no se atrevían a desafiar su poder.

## SISTEMA DE CORRUPCIÓN

Según fuentes de los dos países que han seguido su carrera por años, teniendo como operadores importantes a Javier García Morales, Óscar Benjamín García Dávila (el eslabón escondido en el caso de Mario Villanueva), y los hermanos Ignacio y Magdaleno Coronel, los generales Acosta Chaparro y Quiroz Hermosillo estuvieron en el lugar y en el momento adecuados: desde principios de los años ochenta, tenían un rol destacadísimo en el negocio de la protección a los cárteles de la droga, justo cuando Estados Unidos enloqueció en su apetito por la cocaína, con lo cual provocó un boom que multiplicó por diez, la corrupción que el narcotráfico genera.

Miembro del selecto grupo de la elite militar del país —hay ape-

Los generales Arturo Acosta Chaparro y Humberto Quiroz Hermosillo han estado durante muchos años en el centro del escenario del narcotráfico, apoyados y protegidos por diversos personajes, tanto militares como políticos, según se relata en este texto que recupera uno publicado hace dos años sobre el mismo tema

POR CÉSAR ROMERO

• CORRESPONSAL • WASHINGTON

nas unas decenas de generales de división (tres estrellas)—, el general Humberto Quiroz Hermosillo mantuvo siempre una posición formal dentro de la institución. Era él quien cultivaba las relaciones con los jefes de las regiones militares, sobre todo, en la costa occidental, que es por donde pasa la mayor cantidad de droga.

Más práctico, el general de brigada (una estrella), Arturo Acosta Chaparro, era quien, a decir de las fuentes consultadas, tenía relación directa con los operadores del comercio internacional de marihuana, heroína y cocaína.

Y si en Colima Javier García Morales invertía con ellos en un desarrollo turístico, y si, de la mano del ex gobernador Rubén Figueroa, controlaban Guerrero, y si —en los últimos años—, tenían un rol central en el rediseño de la estructura del narco mexicano, Quiroz y Acosta tenían una relación especial con un presunto narcotraficante que, como ellos, siempre ha estado en el primer nivel: el enigmático Juan Esparragoza Moreno, El Azul.

## LA RED DE PROTECCIÓN

Firmada desde Washington, la historia publicada hace dos años sobre las investigaciones de Acosta Chaparro y Quiroz Hermosillo, fue escrita e investigada también por la reportera Amparo Trejo y armada por el equipo de Reportajes Especiales del periódico.

—¿Quién les dio la información?, vino a preguntar a Estados Unidos el propio procurador Jorge Madrazo.

—Esta en la nota. Fueron muchas fuentes, procurador. De hecho, quizá todo el mundo lo sabía, por eso ustedes nunca nos desmintieron abiertamente.

Según Madrazo, el secretario de la Defensa, Enrique Cervantes, estaba convencido de que la información sobre Acosta y Quiroz había salido de la oficina de Samuel González Ruiz, entonces titular de la Unidad Especial contra el Crimen Organizado.

Equivocados ambos, sin embargo encontraban en una cita sin atribución, “la prueba” que, según ellos le daba al doctor González Ruiz la autoría intelectual del reportaje. Pocos días después éste era enviado a

Sevilla, España, como cónsul.

La cita en cuestión era la siguiente: “Hay quien dice que no hemos capturado a las cabezas de los cárteles. Estamos haciendo algo más importante: desmontar la red de protección militar y policiaca con que operaban en el país. No actuamos contra militares, sino contra delincuentes”.

La verdad es que, incapaz de mentir, Samuel González sí ayudó a elaborar la historia sobre los dos generales cuando pidió a los reporteros no escribir sobre el tema pues, “es muy peligroso”.

Y así parecía. Apenas cuatro años antes, a finales de 1994, Quiroz Hermosillo y Acosta Chaparro habían ocupado un lugar destacadísimo en la Coordinación de Seguridad Pública que encabezó Arsenio Farrell Cubillas en el último y desesperado intento del presidente Carlos Salinas de Gortari por recuperar el control de los aparatos de inteligencia, represión y seguridad nacional de su gobierno.

Sin embargo, había ya señales de que una nueva realidad se asomaba. Ampliamente difundido por la prensa, el manual sobre guerrillas que escribió el general Arturo Acosta Chaparro, de poco servía ya a los encargados, dentro el Ejército mexicano, de diseñar las estrategias de inteligencia en el conflicto “armado” de Chiapas.

México cambió. Y si en el sexenio actual Acosta Chaparro y Quiroz Hermosillo pudieron, como dice la versión oficial, mantener una relación de complicidad tanto con el general Jesús Gutiérrez Rebollo, y hacer negocios con Amado Carrillo Fuentes —el gran capo de los años noventa—, por lo menos tenían que lidiar con investigadores incómodos que, desde dentro del Ejército y la PGR, cuestionaban su conducta.

México cambió. Ya no son, ojalá, los tiempos (agosto de 1997) en que luego de que se publicó un reportaje que documentaba la relación de Javier García Morales con el narcotráfico, el padre de éste, don Javier, recibiera en audiencia a dos directivos del medio, para presentarles a su hijo Javier.

“Este es mi hijo. Sí es narco... y qué”. ■